(aunque es verdad que todo procede y viene del sumo Dios), este poder empero, que alcanzamos, lo tenemos limitado, que no se extiende más que hasta los cuerpos y haciendas de los hombres, y a lo exterior y visible que se ve y parece en este mundo perecedero y corruptible; mas el poder que éstos (aunque pobres) tienen, es sobre las ánimas inmortales, que cada una dellas es de mayor precio y estimación que cuanto hay en el mundo, aunque sea oro o plata, o piedras preciosas, y aunque los mismos cielos que desde aquí vemos; porque tienen poder concedido de Dios para encaminar las ánimas al cielo, a gozar de gloria perdurable, queriendo los hombres aprovecharse de su socorro y ayuda, y no queriendo se perderán e irán al infierno a padecer tormentos eternos, como los padecen todos vuestros antepasados por no haber tenido ministros semejantes a éstos, que les enseñasen el conocimiento de nuestro Dios que nos crió, y de lo que manda que guardemos para que consigo nos lleve a reinar en el cielo; y porque a vosotros no os acontezca lo mismo y por ignorancia no vais donde fueron vuestros padres y abuelos, vienen estos sacerdotes de Dios que vosotros llamáis teopixques, para enseñaros el camino de salvación. Por tanto, tenedlos en mucha estima y reverencia, como a guías de vuestras ánimas, mensajeros del muy alto Señor y padres vuestros espirituales; oíd su doctrina y obedecedlos en lo que os enseñaren y mandaren, y haced que todos los demás los acaten y obedezcan, porque ésta es mi voluntad y la del emperador nuestro señor, y la de ese mismo Dios por quien vivimos y somos, que a estas tierras nos los envió y a quien hemos de estar sujetos en lo espiritual.

CAPÍTULO XI. *De una plática que los doce padres hicieron a los señores y caciques, dándoles cuenta de su venida y pidiéndoles sus hijos para enseñarles en la ley de Dios*

ESTEJARON LOS ESPAÑOLES LA VENIDA de estos religiosos con grandes muestras de regocijo y mucho más el marqués del Valle, considerando que por ministerio de estos bienaventurados religiosos habían de poblar y conquistar el cielo, los que él había conquistado en la tierra. Gozándose de sus trabajos pasados daba gracias a Dios por el suceso. Estaban los indios admirados de ver en los padres espirituales, que les habían venido tanta humildad y pobreza, y mucho más de verla tan reverenciada del marqués y de los españoles, que no cesaban de besar el hábito religioso (lo cual ellos no acostumbraban hacer en su gentilidad a sus ministros) y aunque bárbaros y no cursados en la ley divina, bien entendían que aquellas muestras eran de gente que trataba con Dios, despreciando las riquezas de la tierra, y que era más recogida y penitente su vida que la común de los demás cristianos que trataban del gobierno y de las demás cosas tocantes a la guerra.

Pues como los caciques y señores, que en la ciudad tenía recogidos Fernando Cortés, ya estaban dél advertidos de que venían estos santos ministros a enseñarlos en la fe, comenzaron a cuidar dellos como de padres; los cuales habiendo premeditado y conferido entre sí el principio que darían a su apostólica legación, hiciéronlos llamar para proponerles el caso. Y así, por lengua de Gerónimo de Aguilar u de otro intérprete de Cortés (que esto es creíble, porque ni ellos en aquella sazón sabían la lengua de los indios, ni traían quien se la interpretase) les dijeron después de haberlos saludado.

Por lo que habéis visto que el gran capitán y gobernador del emperador ha hecho y usado con nosotros, recibiéndonos con tanta honra y acatamiento, no imaginéis de nuestras personas alguna divinidad, porque no somos sino hombres mortales y perecederos como vosotros y de la misma masa y naturaleza que vosotros; salvo que somos dedicados al culto divino, habiendo renunciado por amor de Dios, todos los regalos y riquezas que pudiéramos tener en el mundo. Y la causa de nuestra venida es ser mensajeros de un señor y prelado universal, que nuestro señor Dios tiene puesto en su lugar en el mundo, llamado santo padre, para que en su nombre, rija y gobierne a todos los hombres, que son criaturas suyas, que él mucho ama en lo espiritual; procurando de guiarlos y encaminarlos para el cielo donde ese Dios está y se muestra a los que en el mundo le han servido, comunicándoles su gloria y riquezas inestimables que para siempre han de durar. Y porque este santo padre y señor espiritual ha sido avisado por parte del grande emperador don Carlos, que en lo temporal gobierna el mundo, como su capitán don Fernando Cortés ha descubierto de nuevo estas tierras y en ellas inumarables gentes que no tienen conocimiento de su Dios, sino que andan errados y engañados de los demonios, enemigos del género humano, metidos en abominables vicios y pecados, por donde se condenan y van a padecer las penas y fuegos perdurables del infierno; por tanto, movido a compasión de vuestras ánimas y por la obligación que de su oficio tiene para mirar por la salud eterna de todos, nos envía como a sus embajadores y ministros, para que con el poder, facultad y autoridad que nos dio, como él mismo la tiene, hagamos lo que él en persona hubiera de hacer (y no puede por estar tan lejos), que es mostraros el engaño y daño en que hasta aquí habéis estado, por no conocer a vuestro Dios y criador, y dároslo a conocer y hacer saber su voluntad, y cómo os habéis de haber y lo que habéis de hacer para servirle y agradarle, y tenerle propicio; para que mientras viviéredes en este destierro os provea como a hijos queridos de todo lo necesario al cuerpo, para pasar la vida humana y para que el ánima no peligre, ni sea engañada de sus enemigos, os guarde y conserve en su gracia, y después desta vida os dé la que para siempre ha de durar en su gloria.

Es muy proprio a los corazones de los humildes siervos de Dios, cuando se ven en alguna manera honrados y estimados, huir esta honra y estimación todo cuanto pueden, y mientras mayor el caso que dellos se hace, procuran mostrarse menos; y cuando más no pueden, a lo menos excusan

con palabras lo que no pueden huir con obras. Esto vemos en los gloriosos apóstoles San Pablo y San Bernabé, que estando en Listris, ciudad de Licaonia (como se lee en los *Actos de los apóstoles)* y habiendo dado pies a un hombre tullido que no los tenía, y viéndolo los moradores de la tierra (que eran gentiles), y pareciéndoles que aquel acto no era de puros hombres, sino de Dios, en quien concurre poder dar salud y vida, dijeron: Dioses del cielo han bajado en semejanza de hombres a nosotros en la tierra; y con esta creencia quisieron darles loores, pareciéndoles que participaban de divinidad: llamando Júpiter a San Bernabé y Mercurio a San Pablo; y uno de sus sacerdotes quiso sacrificar a la puerta de la casa donde estaban hospedados, los ordinarios sacrificios debidos a estos dioses. Pero en sabiéndolo los santos apóstoles, salieron turbados a la calle y a voces dijeron: Varones prudentes, ¿qué hacéis? ¿A quién queréis honrar con esos sacrificios? Si a nosotros, mirad que somos hombres mortales como vosotros, y que sólo venimos a vuestra ciudad y pueblo a predicaros cuan vano e infrutuoso es ese sacrificio que hacéis; no nos atribuyáis divinidad, que esta altísima dignidad es de sólo Dios, y no la da a nadie, aunque comunique virtud a sus ministros para que hagan maravillas. Y con esta excusa cesaron los sacrificios (aunque de mala gana) de ofrecerles el sacrificio. De San Pedro vemos que cuando entró en la casa de Cornelio, y él se arrodilló a sus pies para besárselos, le dijo: Levántate que no me debes esa adoración, porque soy hombre mortal como tú. De manera que a los corazones humildes turba la honra y hacen cuanto pueden por excusarla; lo cual sucedió a estos benditos religiosos, que ya que no pudieron excusarla, cuando la recibieron del marqués (porque los apercibió de lo que habían de hacer) a lo menos en la ocasión que se hallaron solos con los indios, les dieron a entender que no porque fueron así recibidos eran otros que ellos, pero que si se les hacía aquella honra no era por sí mismos sino por amor de Dios, cuyos ministros y sacerdotes eran.

No es de creer sino que este acto es de excusar la honra y gloria que en la vida mortal se ofrece al hombre, de grandísima humildad, y donde se echa muy bien de ver que Dios lo obra; porque según conocemos la altivez y soberbia del corazón humano, y que desea verse encumbrado y puesto en todo lo más alto que puede, si acaso ultraja y menosprecia esto, diremos que va con la su propria inclinación, venciéndola en esto, lo cual no puede él por sí mismo, sino con la ayuda de Dios. Pero concurre aquí una calidad muy grande, que aquello que huye de recebir, sólo porque se atribuya a Dios (que es a quien se debe) se lo comunica Dios con muchas más ventajas que tuvo el de deseo. ¿Quién no sabe que San Juan Baptista[1] estando en el Jordán, fue acometido de los fariseos con el mesiazgo, debido a solo Cristo, cuando le fueron a preguntar que quién era? Porque esto hacían con ánimo y deseo de que respondiese que era el Mesías prometido en la ley. Pero díceles que no es Cristo que aguardaban, ni aun digno de llegar a sus soberanos pies, ni descalzarlo; pero veamos qué resulta de tan

[1] Ioan. 21.

profunda humildad. Que en otra ocasión confiese el mismo Cristo ser no sólo profeta, pero más que profeta. Y es la razón, que dio a Dios lo que se le debía; y Dios hace el retorno con el prometimiento que tiene hecho y palabra que les ha dado a los humildes; porque el que se humilla y apoca en la presencia y acatamiento de Dios, es honrado y ensalzado de ese mismo Dios.[2]

Esta humildad conocemos haber tenido estos apostólicos varones, cortados al talle del espíritu humilde de Cristo nuestro señor, pobres, remendados, descalzos y con cruces en las manos, manifestando en lo público que si son honrados lo son, no por sí mismos, que en cuanto hombres son polvo y ceniza, pero sonlo porque sirven a Dios, cuyo hijo santísimo fue crucificado en otro madero, cuya semejanza era la cruz que traían en sus manos; y aunque se ven honrados y estimados, y puestos a sus pies de rodillas los que habían conquistado este nuevo mundo, no por eso se ensoberbecen, antes confiesan no ser dignos de tanta honra y manifiestan ser mortales como los demás mortales de la tierra; y con esta humildad prosiguen diciendo: A esto que os hemos dicho nos envía aquel señor y prelado universal, y a esto sólo venimos nosotros de tan lejas tierras y con tan grandes peligros de la vida, como se ofrecen en tan largo viaje de mar y tierra, y no a pretender ni buscar oro, ni plata, ni otro interés, ni provecho temporal, sino el perpetuo de vuestra salvación, como con el favor de Dios lo pondremos por obra y lo veréis.

Para esto, hermanos muy amados, en cuanto a lo primero es muy necesario que vosotros nos deis y pongáis en nuestras manos vuestros hijos pequeños, que conviene que sean primero enseñados, así porque ellos están desembarcados y vosotros muy ocupados en el gobierno de vuestros vasallos y en cumplir con nuestros hermanos los españoles. Y también porque vuestros hijos como niños y tiernos en la edad, comprehenderán con más facilidad la doctrina que les enseñaremos; y después ellos a veces nos ayudarán, enseñándoos a vosotros y a los demás adultos, lo que hubieren aprendido. Oyeron con atención y escucharon con cuidado los caciques y señores lo que los ministros de Dios les dijeron, por ser gente que oyen atentamente lo que se les dice, en especial las cosas devotas y del servicio de Dios, y así lo están en un sermón; y después de haber oído el razonamiento, respondieron, dándoles las gracias por su buena venida y deseo que traían de su aprovechamiento; y se ofrecieron que les entregarían sus hijos para el efecto que pretendían, que reposasen y descansasen y que ninguna cosa les diese pena. Ésta y otras pláticas que hicieron aquellos primeros padres, luego que vieron a estos caciques y señores, en las cuales se contiene la doctrina que les enseñaron, escribió el venerable padre fray Bernardino de Sahagún, de buena memoria, que vino pocos años después de los primeros, y trabajó en esta obra de la conversión y doctrina de los indios más de sesenta años; pero por ser todas ellas de doctrina y enseñanza con que fueron catequizados y enseñados, las dejo para otra ocasión, dando fin con esta referida a este capítulo.

[2] Math. 11.